

Artículo corregido y aumentado un tanto respecto del publicado en el diario *EL TIEMPO* de Colombia, el día domingo 3 de enero de 2021. Se incluyen las ilustraciones que no figuraron en la edición del periódico.

POSIBLE PRESENCIA DE MEGAFUNA EXTINTA EN EL ARTE RUPESTRE DE LA AMAZONIA COLOMBIANA – UNA DISCUSIÓN

Fernando Urbina Rangel

Profesor © Universidad Nacional de Colombia

Enero 3 de 2021

Es noticia internacional, a partir de *The Guardian* –prestigioso diario inglés–, el hallazgo de pictografías amazónicas que probablemente representan ejemplares de fauna de finales del pleistoceno tardío o del holoceno temprano. Entre los animales ya extintos figuran mastodontes, megaterios, además de caballos americanos y paleollamas. Inicialmente estos datos habían sido consignados en un artículo publicado en la revista *Quaternary International* –abril de 2020–, firmado por los arqueólogos Gaspar Morcote (Universidad Nacional de Colombia), Francisco Javier Aceituno (Universidad de Antioquia) José Iriarte y Mark Robinson de la Universidad de Exeter, y el antropólogo Jeison Chaparro. El despliegue noticioso a nivel mundial resultó una estrategia muy efectiva para crear expectación sobre un documental acerca de los misterios de la selva amazónica, propiciado por el Canal 4 de Inglaterra.

Lo que viene a continuación es la pequeña historia de un hallazgo anterior, publicado en libros, revistas y periódicos desde el año 2011: representaciones pictográficas de caballos europeos, perros de guerra, escenas de aperreamiento, vacunos y una espada en el arte rupestre de la Serranía de La Lindosa en la Amazonia colombiana; tales obras habrían sido realizadas por artífices indígenas en el s. XVI.

En diciembre de 2011 se publicó el libro, con profusión de ilustraciones, titulado *La Joven Constitución de Colombia*; conmemoraba los 20 años de la nueva Carta Constitucional. En él, figuran 20 fotografías de pictografías de La Lindosa. La edición estuvo a cargo de los escritores Enrique Santos Molano y Carlos Nicolás Hernández Camacho. Charlando con Hernández se me ocurrió proponerle un artículo que hiciera referencia a la *Constitución Mítica de Colombia*, que no es otra cosa que el ritual de *El Hombre Dorado*, un cacique muisca quien fungiendo ser un falo resplandeciente era bañado sobre una balsa en la laguna de Guatavita, haciendo caer en el agua sagrada el polvo dorado que lo cubría. El oro, considerado el semen del Sol, simbólicamente fecundaba ese útero cósmico para que la tierra produjera buenas cosechas. En el transcurso de milenios la noticia de ese ritual se extendió hasta llegar más allá de las fronteras del territorio ocupado por los muiscas; de ello se enteraron los invasores europeos a poco de llegar al Continente Prodigioso. Sólo que su desmedida ambición –la más grande en la historia de la humanidad– hizo del ritual de fecundación otra cosa; se empezó a pensar que Eldorado era una ciudad en la que todo era de oro. Y ese fue el espejismo que alentó la empresa de la Conquista. Y la constitución de Colombia.

Entre muchos otros buscadores de Eldorado llegaron entre 1529 y 1546 cuatro comandantes alemanes capitaneando tropas imperiales: Ambrosio de Alfínger, Nicolás

de Federmann, Jorge de Spira y Philipp de Hutten. Fueron comisionados por la casa Welser, banca que le prestaba dineros al Emperador Carlos V para sostener sus guerras en Europa a cambio de la gobernación de Venezuela, desde donde avanzarían en sus empresas de “descubrimiento, conquista y fundación de nuevas ciudades”. En cumplimiento de esa tarea Alfínger llegó al Norte de Santander, donde mis antepasados tuvieron la piadosa ocurrencia de matarlo en combate, librando al mundo de tal depredador. Una de las razones de la táctica de tierra arrasada aplicada por Ambrosio Alfínger, era impedir que otro grupo invasor le pudiera seguir los pasos alimentándose en las poblaciones indígenas que él iba dejando atrás. Por eso las destruía sistemáticamente, arrasando con las sementeras y asesinando o llevándose a la población como indios cargueros, atraillados.

Años después, Spira y Hutten primero y Federmann un poco más tarde, partieron de Coro y en su arrasadora y genocida misión llegaron al norte de la serranía de la Macarena, ya sobre la pista de Eldorado dada por indígenas que iban avasallando y capturando como esclavos. Federmann se desvió a la derecha siguiendo la ruta de comercio que tenían los muisca con las culturas del piedemonte y las llanuras del oriente, la misma ruta transitada varios siglos después por los vaqueros de los llanos de la Orinoquia –comandando sus tropillas de ganado vacuno rumbo al interior andino– y por la guerrilla de las FARC. El alemán terminó llegando por el páramo de Sumapaz a la Sabana de Bogotá, donde se encontró con Gonzalo Jiménez de Quesada, quien se le había adelantado en apañar el oro de los muisca. Y eso ocurrió en 1538-1539. Spira y Hutten habían continuado hacia el sur y llegaron al río Guaviare, pero al no dar con un acceso al interior andino regresaron a Venezuela en 1538, no sin antes matar a miles de indígenas y practicar sistemáticamente el aperreamiento: modo de terror que consistía en comandar una jauría de perros de guerra europeos –armados con collares ofensivos y con botines acolchonados para defenderlos de las espinas–, cuya especialidad era despedazar indígenas vivos, delante de otros, para generar terror. Poco hemos cambiado en Colombia: los caucheros en el Putumayo aperrearon indígenas a comienzos del siglo pasado, y hace pocas décadas se reemplazaron los dientes de los perros de guerra por los dientes metálicos de las motosierras accionadas por los narcoparamilitares apoyados por terratenientes, militares y políticos corruptos. Las acciones de las tropas comandadas por Spira quedaron consignadas en la correspondencia e informe de viaje enviados por Hutten a sus familiares y a las autoridades imperiales. De esa relación y correspondencia me suministró informes en 2013 Jörg Denzer, historiador y documentalista alemán; con su ayuda estos documentos fueron publicados como libro (*Nuevas noticias*) por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia en octubre de 2019. David Alvarado es el autor de la traducción y las notas del libro, el prólogo es de Denzer; cuenta, además, con un artículo de mi autoría donde aludo al testimonio gráfico que dejaron los indígenas luego de su encononazo con los invasores europeos: pictografías de cuatro caballos, cuarenta perros de guerra, tres escenas de aperreamiento, una espada, y cuatro vacunos. También hago referencia a aspectos poco divulgados acerca del descubrimiento de las pictografías de la serranía del Chiribiquete.

En su segunda entrada a partir de 1541 Hutten, y ya como comandante exclusivo, avanzó desde Coro (Venezuela), cruzó el río Guaviare y se enrumbo durante 14 días al sureste hasta dar con la serranía del Chiribiquete. Desde lejos vio relumbrar los tepuyes –colinas pétreas con laderas desnudas cortadas a pico y de cumbre plana– al sol *dorado*

del atardecer; además, contempló un gran poblado con la serranía de fondo, “al que no se le veía término”, y en donde sobresalía una gran edificación. Los indígenas acompañantes le informaron que esa era la ciudad y morada del cacique Quarica. Hutten creyó haber dado, luego de 9 años de exploraciones, con el verdadero, escurridizo y ansiado Eldorado. Flanqueado por uno de sus soldados y montando los mejores caballos, a pleno galope acosaron y trataron de capturar a dos indígenas ubicados entre ellos y la ciudad. Los indígenas les hicieron frente hiriendo a los dos caballeros con sus azagayas impulsadas por propulsores. Hutten, herido de gravedad, renunció a intentar apoderarse del gran poblado pues solo le quedaban 40 soldados y escasos pertrechos. Regresó a Venezuela con la certeza de su descubrimiento y resuelto a armar la expedición definitiva; pero un español, Juan de Carvajal, le había usurpado el mando de Gobernador en Venezuela y terminó apresándolo y decapitándolo. Todo ello lo cuentan los Cronistas de Indias que pudieron entrevistar a los sobrevivientes de esa aventura. Seguramente la población que avistaron con el fondo de la serranía del Chiribiquete correspondía a la etnia omagua, que ya guerreaba contra los karijonas, venidos de la Guyana. Estos formidables guerreros terminaron dominando la región cuando la gran civilización amazónica de los omaguas colapsó por la invasión europea. La presencia karijona está plenamente atestiguada en algunas pinturas del Chiribiquete.

De modo pues que los caballitos originarios de América y que se extinguieron hace alrededor de siete milenios, no fueron los únicos que pudieron quedar representados excepcionalmente en los murales de La Lindosa, como sugieren los cinco arqueólogos, noticia que a partir del periódico *The Guardian* está agitando la prensa mundial, tan sensible a las noticias sobre arte rupestre. Fueron, con mayor probabilidad, los caballos de los conquistadores y algún asno europeo descendiente de los seis que trajo Colón en su segundo viaje. Por la región de la Macarena y la Lindosa pasaron mucho más de 2.000 caballos en las sucesivas empresas de exploración y conquista entre 1536 y 1572. Esta última fecha marca el fracaso de la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada en su búsqueda de Eldorado (el de la ilusión), aventura que lo lleva hasta el río Orinoco. La hueste del Adelantado contaba con 500 jinetes, 1.500 indígenas, muchas mujeres y esclavos afros, 8 curas montados en burros (por piadosa imitación a Cristo), 1.100 caballos y otras bestias de carga, 600 vacunos y 800 puercos. En definitiva, algunos regresaron a Bogotá en varias tandas; de los que prosiguieron hasta el final (Orinoco) retornaron alrededor de 60 soldados, cuatro indígenas, dos curas y 18 caballos. Inicialmente, algunos de los caballos y vacas escaparon y dieron origen a los rebaños salvajes de los Llanos Orientales. Fue de tal desmesura la expedición de Jiménez de Quesada, financiada con el oro que saqueó en el altiplano cundiboyacense, y fue tan “quijotesca” su ilusión que, según el Maestro Germán Arciniegas, el descomunal fracaso inspiró el nombre y, en parte, el personaje del *Quijote* en la magistral pluma de Cervantes.

Tres años antes el Profesor Morcote en una entrevista en UN Periódico (Universidad Nacional de Colombia, octubre de 2015) declaró que la imagen de un cuadrúpedo pintado en uno de los murales de la Serranía de La Lindosa podría corresponder a un megaterio (perezoso gigante). Tal noticia me llevó a escribir el aparte de un artículo, publicado en la revista *Ensayos* de la Facultad de Artes (U. Nacional, N° 31, 2016), donde planteo que dicha representación es –con mayor probabilidad– la de una capibara (chigüiro) con su cría, por cuanto las figuras de la pictografía carecen de cola y tienen la trompa chata; además, hoy digo que sus dedos y manera de apoyarlos así lo

demuestran. El megaterio no asienta al caminar la planta de sus patas pues sus formidables uñas se lo impiden. Las pequeñas figuras humanas que están cerca, o hacen parte de otra escena –su color es más oscuro–, o su tamaño es menor siguiendo las razones simbólicas del artista, o allí se maneja la perspectiva, que ya se venía aplicando en el arte rupestre amazónico. No obstante, se ha de tener en cuenta la existencia de capibaras gigantes extintos, solo que la pintura se encuentra en tan buen estado (nitidez de los trazos y fuerza del color) que difícilmente tendría tan alta antigüedad.

También he de decir que el mastodonte identificado por Robinson y los otros miembros del equipo comandado por Morcote, no parece serlo porque carece de uno de los dos rasgos propios de esta especie: colmillos largos y trompa larga. Para mí es un vacuno con cuerna completa, visto en perspectiva cenital-lateral; mirado con atención se descubre su “medialuna de puñales” (cornamenta). Bien pudo ser la representación de alguno de los 150 que llevó Avellaneda a la región en 1555, o de los 600 que acompañaron inicialmente desde Bogotá a Jiménez de Quesada y sirvieron de pitanza en la expedición que lo condujo infructuosamente hasta el Orinoco en busca de la fabulosa Ciudad de Oro.

Y respecto a las paleollamas aludidas por los investigadores que firman el juicioso y medurado artículo aparecido en *Quaternary International*, causa básica del revuelo noticioso de las últimas semanas, he de comentar que las comunidades indígenas vecinas del río Papamene, origen del río Guayabero que, a su vez, divide las serranías de La Macarena y La Lindosa, le hablaron a Hutten de las llamas incas, conocidas por los europeos como “ovejas de los Andes”; dato que consignó en las cartas e informes fruto de su primera expedición (1534-1538). Y en 1952 Gheerbrant, el primero en fotografiar las pictografías de La Lindosa, publica su libro en el que reconoce la representación de llamas incas que integraron caravanas comerciales del imperio. Bien pudieron ser estas llamas andinas las que conocieron y pintaron los antiguos artífices indígenas de La Lindosa. También Hutten fue el primer europeo en hablar de las mujeres guerreras (de más allá del río Papamene), parecidas a las Amazonas clásicas, y esto lo divulgó en sus escritos tres años antes de la expedición de Orellana cuyo cronista, Gaspar de Carvajal, ha sido considerado el primero en reseñar la presencia de esas formidables hembras en la Amazonia.

No sobra pues que el público, sorprendido por la avalancha de noticias que hablan de la presencia en pictografías amazónicas de supuesta megafauna extinta, y del impacto mediático que pueda lograr el documental que se estrenó el 12 de diciembre en Inglaterra, cuente con otro punto de vista.

Ahora bien, es altísimamente probable que los indígenas más antiguos compartieran la zona de La Lindosa con megafauna del pleistoceno tardío o del holoceno temprano, antes de su extinción, a la que pudieron haber contribuido; es posible que la hayan pintado; sólo que lo más plausible es que sus representaciones se hayan degradado y hasta borrado debido a que pinturas sometidas a las inclemencias de la intemperie, al no estar naturalmente protegidas en cuevas como las europeas, difícilmente resistirían en forma tan vívida tantos miles de años.

En conclusión: hasta ahora, entre las miles de figuras de animales inventariadas en los murales de la serranía de La Lindosa, han sido detectadas algunas pictografías cuyo análisis morfológico no permite concluir que se trate de representaciones de “animales de

la edad del hielo”. Esta presencia de fauna extinta solo quedaría garantizada plenamente si se encuentran sus restos óseos relacionados con actividad humana, como bien lo afirman los cinco connotados arqueólogos... o que se detecten pictografías con representaciones suficientemente explícitas.

El libro *Nuevas noticias*, de Philip von Hutten, está disponible en el Instituto Colombiano de Antropología e Historia y en una que otra librería de Bogotá. Y el primer libro en que hablé del asunto, titulado *La Joven Constitución de Colombia* (2011), figura en la Red Nacional de Bibliotecas. El Cronista de Indias Fray Pedro de Aguado, en su obra *Recopilación Historial*, reporta las exploraciones de Philipp von Hutten. Un acceso cómodo a algunos de estos temas se encuentra disponible desde 2015 en la página digital Rupestreweb: <http://www.rupestreweb.info/serranialindosa.html>

A CONTINUACIÓN, TRES GRUPOS DE ILUSTRACIONES

Primer grupo de ilustraciones

¿Mastodonte o vacuno?



N° 1



N° 2

La primera imagen corresponde al mural descubierto por el equipo internacional de arqueólogos comandados por el Profesor Morcote de la Universidad Nacional de Colombia. La fotografía fue tomada en 2018 y publicada en abril de 2020 (revista *Quaternary International*, pg. 11). El equipo considera que la imagen representa un mastodonte (para que el lector haga la confrontación, ver la imagen de esta gran bestia extinta en: <https://www.biodiversidad.gob.mx/biodiversidad/EdHielo/mastodonteAmericano>). Con la silueta de un toro (N° 2, elaborada por Jeimmy Segura), pretendo mostrar su parecido con el animal que figura en la pictografía de La Lindosa.

Segundo grupo de ilustraciones

¿Perezosos gigantes (megaterios) o capibaras?



N° 3

El profesor Morcote publicó una foto similar a la N° 3 en 2015, en UN Periódico, y luego en 2020 en el artículo de la revista *Quaternary Internacional*. Su equipo considera que es la posible representación de un megaterio (perezoso gigante. Ver: <https://es.wikipedia.org/wiki/Megatherium>). Una hipótesis diferente: se trata de chigüiros modernos (ver: https://esacademic.com/pictures/eswiki/67/Capibara_2.jpg) cuyos restos óseos se han encontrado en las excavaciones efectuadas al pie de los murales pictográficos. La pictografía (N° 3, fotografía tomada en el 2011) muestra al animal mayor con la pata trasera derecha presa en una trampa. Las representaciones humanas fueron pintadas en otro momento, o con un pigmento diferente de mayor intensidad; no parecen corresponder a la misma escena; al menos no serían simultáneas.

Tercer grupo de ilustraciones

¿Équidos ya extintos o los traídos por los europeos?



N° 4



N° 5

La hipótesis de que este cuadrúpedo (imagen N° 4; ampliación forzada de un detalle mínimo de un gran mural) es un *Equus Amerhippus* (caballo americano extinto) la formulé en 2011, pero la descarté porque en otras pictografías de La Lindosa detecté vacunos, perros de guerra, escenas de apareamiento y una espada (imagen N° 5), lo que inclinó la balanza a considerarlo un caballo europeo moderno. Estos caballos fueron

vistos por los indígenas del Guaviare con el arribo de los conquistadores europeos a partir del siglo XVI.



N° 6

En el trabajo de campo de 2011 en La Lindosa fue tomada esta fotografía (imagen N° 6, cortesía del arqueólogo Ernesto Montenegro). En la imagen también se observa la representación de un hacha hacia la izquierda, y un cuadrúpedo saltador al centro. En la imagen inferior apenas se insinúa la cabeza y cuello de un segundo équido, semiborrados por un escurrimiento de agua. El equipo de arqueólogos dirigidos por Morcote, firmantes del artículo publicado en abril de 2020, consideran que la figura superior es la clara representación de un caballo americano extinto. No obstante, lo vívido de su color mostraría que su ejecución corresponde a una época mucho más reciente. Podría tratarse, también, de la representación de un asno. Tales investigadores no hacen alusión al segundo équido (abajo).

Imágenes de probables vacunos



N° 7



N° 8

Las imágenes N°s 7 y 8 muy probablemente representen vacunos (*Bos taurus*). Los indígenas de la región de la Macarena-La Lindosa pudieron haberlos atestiguado desde 1555, cuando Juan de Avellaneda lleva 150 reses desde Bogotá. Claramente bisulco el representado en la N° 8, difiere en ello del anterior. Pero hay que tener en cuenta que hay imaginarios cérvidos tridígitos representados en La Lindosa.



N° 10



N° 9



N° 11

Perros de guerra amenazadores armados con collares y calzados con botines (N°s. 9 y 10). En la imagen N° 11 dos de estas bestias convergen sobre un cuerpo humano despedazado: se ve una mano segmentada, pintada, no en impronta; la representación de esta escena no pasa de los 15 centímetros (ver: https://es.m.wikipedia.org/wiki/Jorge_de_Espira#/media/Archivo%3AMusterung-Welser-Armada.png y <https://ar.pinterest.com/pin/598345500472172243/>)

Nota: Fernando Urbina Rangel. Pamplona (Colombia) 1939. Graduado en Filosofía en 1963 en la Universidad Nacional de Colombia. Docente en esa misma Universidad entre 1963 y 2004. Dedicado a estudio del Pensamiento Arcaico (Mitología y Arte Rupestre).
